

La doncella de la Isla de sal

Clarisa Eris



Capítulo 1

La autocompasión no era una de sus cualidades, su padre le había enseñado lo que se esperaba de una Connor. Era su deber desafiar a sus enemigos con orgullo e incluso molestarlos con insolencia, cualquier cosa antes que parecer débil y descubrir sus sentimientos.

La sangre lo era todo, y cualquier Connor sería llamado para honrar a su casa, así como a sus antepasados. Pero Isabela había fallado en eso, deshonorando a su padre, jefe del clan. Cuando ella lo encontró con los restos del naufragio, no sabía que se trataba de un enemigo.

Se desveló por atender sus heridas, por alimentarlo e incluso le ofreció su hospitalidad. Pero su origen la inquietó, él pertenecía al clan Callum. Familias enfrentadas desde la gran batalla liderada por su abuelo. Ellos los expulsaron de sus tierras y los obligaron a vagar durante tres años antes de poder asentarse en su nuevo hogar.

Pero su nombre ya no significaba nada para ella, y clamaba al cielo para que él fuera su gran y único amor, oraba para que cualquier atisbo de odio fuera expulsado de su corazón. Aunque él era un guerrero y anteponía el honor de su sangre a sus deseos, la esperanza moraba en su interior, alimentando a su alma soñadora.

Cuando su amado se marchó, Isabela continuó aguardando su regreso. Los fuertes vientos habían cesado y los pescadores volvían a echar las redes para faenar, apiñados en sus pequeñas barcazas. Sus manos callosas trabajaban sin descanso, limpiando el pescado que iban subiendo y amontonando, las piezas más pequeñas se desechaban y paraban de regreso al mar o en las fauces de los leones marinos.

Las focas agradecían sus regalos y a cambio, les indicaban las zonas más propicias para llenar sus redes. Las crías comenzaron a trepar por los islotes rocosos que serpenteaban el acantilado, las que carecían de la suficiente fuerza en sus aletas, resbalaban con el musgo, sus madres les cubrían las espaldas y las empujaban para infundirles valor para trepar.

Dos grandes navíos colearon la bóveda celeste, el emblema familiar de la casa Callum, tres rosas entrelazadas con espinas la saludaron, habían transcurrido catorce días desde su último encuentro. Sus esperanzas se vieron renovadas, hinchando su pecho por la pasión amorosa, y sus labios sonrieron al observarlo desembarcar y acercarse hasta a la orilla, pero su felicidad fue efímera, pues una grácil figura femenina lo acompañaba.

La belleza de piel de ébano, tenía un rostro con formas suaves: mejillas anchas, pómulos y barbilla exquisitamente marcadas. Ésta permaneció tras él, evaluando el esplendor de su contrincante, sonriendo con agrado

al reconocerse más agraciada que ella y mostrando la mano en la que portaba la alianza, el verdemar de la joya brillaba intensamente bajo el sol.

No soportaba tener que verla a ella, semejante humillación no era necesaria y él lo sabía. Su cobardía lo había llevado a esa situación, el fondo de su corazón lo supo, era una verdad difícil de ignorar.

Él se había casado con la primera mujer que se había cruzado en su camino para huir de su amor y ella se pavoneaba de su triunfo. Deseó arrastrarla por el suelo hasta borrarle su desvergonzada sonrisa.

Sus guerreros siguieron las órdenes de su señor y colocaron los presentes a sus pies, pero ella no se molestó ni en mirarlos, no necesitaba nada de él, así que hizo de tripas corazón y con voz autoritaria dijo:

—No necesito ningún regalo. La vida de un hombre es más valiosa—exclamó elevando el mentón y colocando sus brazos en jarras—. Cualquiera Connor lo sabe, nuestra hospitalidad es conocida por todos. Si deseabas traerme algún presente, bastaba con la presencia de uno de tus criados.

Él enarcó las cejas y exhaló el aire de sus pulmones abruptamente. Pensando que Isabela era toda una belleza y lamentándose al haberla ofendido con esas alhajas, en cuanto a la otra mujer, estaba disfrutando demasiado con su papel de esposa.

—Lamento haberos ofendido—articuló carraspeando—, pero necesitaba agradeceros vuestras atenciones en persona.

—Y yo os digo que os libero de semejante necesidad, tanto a vos como a vuestra señora—respondió la aludida, retirándose un mechón que cubría su cara y colocándoselo tras la oreja formuló con enojo:

—Estoy segura de que vuestra esposa, agradecerá la comodidad de su hogar.

Y rompiendo con todas las normas de cortesía que su padre le había transmitido, les negó el calor de su hogar y el placer de un plato con estofado caliente.

—Si partís ya, le evitaréis a vuestra señora la incomodidad de nuestro clima. Id en paz y no olvidéis los obsequios, serán una dote que ella apreciará.

Edwin no sabía ni dónde meterse. Las mejillas le ardían y apretaba los dientes con fuerza, mientras comenzaba a formársele un tic en el ojo izquierdo. Se preguntaba cómo había podido creerse su mentira con tanta

facilidad, herirla no estaba entre sus planes predilectos, pero una traición se alzaba contra él.

Su señora de pega, trató de adelantarse para decir algo, pero él se lo impidió. Apretándole la muñeca y susurrándole por lo bajo.

—¡Mantén la boca cerrada!

No podía correr el riesgo de que alguien la dañara. Sólo repudiándola, Isabela estaría a salvo, eso era lo que debían creer sus enemigos y para ello, él tendría que hacerle daño, aunque se odiara a sí mismo por decir semejantes patrañas.